

El jardín de las delicias de Carlos García Medina

Hace años que Carlos García Medina encontró el centro del universo, el ombligo cósmico, su ser esencial. Esta exposición viene a demostrarlo.

La búsqueda de trascendencia es consustancial al ser humano y Carlos la ha canalizado a través de sus raíces, de su propia tierra y de sus gentes, a los que invoca o jura con esta muestra, ¡Viva mi tierra!, conjuro utópico de salvaguarda para un legado de cuya extinción se duele, sin cejar nunca en el empeño, no obstante, de su compromiso existencial.

Por su trayectoria dilatada y fructífera, este políptico generoso se convierte en una primera entrega de sus memorias plásticas. Toda exposición antológica lo es. Como también es una confesión general. Pero ésta, en concreto, es además un gemido de dolor y un canto a la vida. El dolor por la pérdida de un patrimonio amado, aunque también un canto a la vida por la condición inmortal que le proporciona a través del arte.

Si existe en el arte salmantino contemporáneo una voz autorizada y conectada con esta tierra, esa es la de Carlos García Medina.

En esta aparente y humilde cercanía de lo local, ha logrado conquistar su universalidad como artista plástico, a través de signos y símbolos; del imaginario popular, de las señas de identidad preterritas y al tiempo actuales, de paisajes y paisanajes vividos antes y soñados ahora. Todo ello construye el fastuoso friso de estas figuraciones tan nuestras.

Como en el Alfánbul de Sánchez Ferlosio, en ¡Viva mi Tierra! de García Medina descubrimos un relato plástico de mentiras verdaderas, de realismo mágico.

Esta magna exposición se convierte, así, en un locus amoenus, el jardín de las delicias del alma popular, en la que el alquimista descubre la piedra filosofal que le proporciona su dimensión áurea.

Juan Francisco Blanco,



Tierra y ensoñas

Del 16 de octubre de 2020
al 6 de mayo de 2021

Palacio de los Águila

Ciudad Rodrigo

Organizan:



Colaboran:



VIVA MI TIERRA

Carlos
García
Medina

EXPOSICIÓN DE PINTURA

VIVA MI TIERRA

De nuevo Carlos García Medina acude con ilusión al encuentro con la gente de su tierra en esta exposición "Viva mi tierra" en el Palacio de los Águilas de Ciudad Rodrigo, en el otoño de este accidentado 2020. Es un encuentro esperado, pues es el paso natural que sigue al trabajo solitario del artista en su taller. Una vez que la obra ha salido de sus manos, aspira a la mirada del público, a encontrarse con él.

Y de nuevo, el objeto de su obra es su tierra, nuestra tierra. Querida, observada a su manera muy personal. Es conocido que la observación modifica al objeto observado. Cualquiera podemos comprobar cómo nos sentimos de distinta forma cuando nos sabemos observados. Así, la observación paciente y amorosa de su tierra, sus gentes y su cultura, que luego lleva a sus cuadros, les da valor. Y enriquece y da continuidad a la tradición.

Esta es la misión del artista, saber mirar. Ver lo que otros no vemos, y darle una nueva interpretación a través de su mundo personal. Y como la belleza está en los ojos del observador, él encuentra el misterio y la maravilla de lo que tenemos tan cerca y lo celebra en sus cuadros.

La colección de cuadros que aquí se presenta reúne tres series. La primera de ellas es "Homenaje a Siega Verde". Es decir, homenaje a los orígenes de nuestro arte. En las piedras de Siega Verde se encuentran las primeras muestras de la vocación artística en nuestra tierra. Hace muchos miles de años los hombres que allí habitaban, unos cazadores, tuvieron el impulso de grabar en las rocas las imágenes de los animales que cazaban y les daban sustento. De esa forma nos dejaron su huella y trascendieron su realidad y su tiempo. Hoy estos animales, ciervos y bóvidos, juegan y corretean por los cuadros de Carlos.

La segunda serie es "Signos de identidad". En ella se recogen figuras y símbolos de nuestra tradición, a los que Carlos nos tiene acostumbrados. Aquí se mezclan un sinfín de animales como toros, leones, águilas y pájaros de diversos tipos, peces... sirenas y otros seres mitológicos. Y también árboles, flores, corceles, el sol y la luna... Son los motivos que durante siglos han embellecido los bordados, los enseres, las casas de nuestra gentes. Es Eros en su más magnánima expresión. Es decir, la abundancia, el color, la alegría, la conexión. Es la vida y sus ciclos. Las fuerzas de la naturaleza. Lo bueno de la vida. El gozo de las pequeñas cosas que Carlos quiere hacernos ver. El arte popular.

Isabel



Los nombres de estos cuadros lo muestran; "La danza de los peces", "El árbol de la vida", "El universo de las sirenas", "La torre de Babel", en la que una algarabía de animales se asoman al cuadro y se ponen de cháchara entre ellos como en un patio de vecinos.

Dentro de esta sección se incluye una muestra de signos judaicos. Los judíos y su cultura también formaron parte de nuestra tierra durante siglos. No hace falta más que mirar a nuestros apellidos, el nombre de nuestras calles, nuestra arquitectura, algunos de nuestros empedrados... Forman parte de nuestra historia y de nuestros signos de identidad.

Por último, la tercera serie, denominada "Paisaje y paisaje", comprende cuadros de estilo más figurativo. Son representaciones de nuestros campos, fundamentalmente del campo charro, de sus encinares sobrios y su luz intensa, y de paisanos de distintos lugares de nuestra comarca, vestidos galanamente con sus trajes de fiesta y celebración. Incluye también esta serie un original retrato de Don Miguel de Unamuno, del que Carlos es estudioso y admirador. Aún a la manera de Carlos, hecho con collages y con tonos magentas y violetas, la figura de Don Miguel conserva su seriedad y parece estar dando el visto bueno al conjunto de la muestra. Él también fue gran conocedor y amante de estos lugares, y parece complacido de volver a estar en ellos.

Decía Einstein que hay dos formas de vivir; vivir como si nada es un milagro o vivir como si todo es un milagro. Desde luego, es mucho más atractiva la segunda posibilidad. Pues además es real. ¿Qué es si no un milagro el hecho de que un ser humano, siguiendo sus más hondos impulsos, decida lanzarse al mundo sin otro equipaje que su vocación, su intuición, su inspiración - que enlaza lo sobrenatural con lo natural -, su coraje, y así, pincelada a pincelada, construya su propio mundo, su personal paraíso (y tormento)? Determinado a pasar así por la vida, por sus buenos y malos momentos.

Como es también una suerte de milagro que cada obra acabe encontrando su dueño. Cuando los cuadros se encuentran con la mirada del público, sucede a veces que alguien se siente atraído por uno en particular. Puede ocurrir por motivos simples, o por motivos misteriosos y complejos. Quizás le sugiere algo, algo nuevo sobre sí mismo o sobre el mundo le es revelado. Y desea establecer una relación más cercana con esa obra. Como sucede en el encuentro de dos almas. Pues realmente eso es.



La danza de los peces

En un mundo de excesos, donde la mayoría de las cosas que usamos, que comemos, con las que nos rodeamos, son producidas en serie, necesitamos el trabajo de los artistas. Cada obra creada por ellos es única. Y nos recuerda que cada uno de nosotros fuimos creados de forma única, y que somos el resultado de nuestra naturaleza, nuestras circunstancias, nuestros dones y nuestras singulares heridas y desiertos. Todo eso es lo que nos conforma, y el artista, con la alquimia de los materiales y los colores, lo plasma en cada obra.

Necesitamos a nuestros artistas por muchos motivos. Porque nos enseñan a mirar el mundo de un modo más ancho y más profundo. Por remitirnos a cuestiones tan humanas como la vocación, la aspiración a la belleza y a la trascendencia. Y por eso también divinas.

Quiero decir con Ralph Waldo Emerson "Ojalá la vida no fuera barata, sino sagrada. Ojalá los días fueran como los siglos, cargados, fragantes". Sí, ojalá nuestras vidas sean sagradas, nuestros espacios sean sagrados, y el trabajo salido de las manos de cada hombre y de cada mujer sea sagrado.

Isabel Sánchez Jacob
Otoño 2020



Isabel Sánchez Jacob

Homenaje a Siega Verde